

Como el Evangelio de hoy nos dice, Jesús dirigía la parábola a los Fariseos y escribas quienes, en su rígida superioridad moral, no permitían ninguna preocupación ni compasión por los marginados de la sociedad. Se quejaban de Jesús porque estaba asociándose y compartiendo una comida con los publicanos y las prostitutas. De los dos, los publicanos eran los más despreciados porque los publicanos eran traidores que recaudaban los impuestos para los romanos. Los romanos, por supuesto, habían conquistado a los judíos y habían estacionado a los soldados en la patria judía. Los publicanos podían cobrar cualquier cantidad que eligieron y a menudo eligieron hacer enormes ganancias. Judíos consideraron a los judíos que vivían las vidas de pecados morales o rituales, como publicanos y prostitutas, ser impuros. Los judíos que asociaban y compartían una comida con tales personas también eran ritualmente impuros; es decir, eran contaminados y, así, considerados como repugnantes a la santidad de Dios. Jesús estaba asociando y compartiendo las comidas con estos marginados.

Ahora veamos a la parábola. El hijo menor era uno de aquellos sobre quien podríamos decir, «¿Qué pasará alguna vez con él?» Él no podía esperar a la muerte de su padre para que él pudiera heredar una porción de la herencia de su padre; por lo tanto, pidió su porción temprano para que él en la juventud pudiera comer, beber y ser feliz. El padre, obviamente un hombre de riqueza, libremente le dio a su hijo lo que había pedido. El hijo menor fue a un país lejano y así lejos del área judía. Allá, él, como nos dice Jesús, «. . . derrochó su fortuna, viviendo de una manera disoluta». Habiendo gastado toda su herencia, él se encontró a sí mismo sin hogar y hambriento. Él estaba tan degradado que consiguió un trabajo alimentando a los cerdos—y un cerdo a un judío es un animal impuro. Este hijo tenía tanta hambre que habría comido la comida de los cerdos. ¡Cuán bajo, repulsivo, y contaminado puede ser un judío! Él había llegado al último lugar.

Fue entonces, Jesús nos dice «se puso . . . a reflexionar». Se da cuenta de su situación y piensa en los criados y trabajadores de su padre. Si sólo su padre lo llevaría como trabajador. Arrepentido ahora y consciente de que él es en todos los sentidos un pecador, cuidadosamente él ensaya lo que diría y comienza al viaje para regresar a su patria judía y a la casa de su padre.

Seguramente algún tiempo ha pasado, y su padre se ha hecho mayor. Parece, sin embargo, estar esperando el regreso de su hijo, porque él lo ve mientras el hijo está todavía lejos. Dolor de rodillas o no, el padre «se enterneció profundamente». Él corre a encontrarse con su hijo y lo abraza y lo besa. No incluso parece escuchar el discurso cuidadosamente ensayado de su hijo, pero lo viste—no sólo con algunas de las viejas ropas que el hijo dejó atrás—sino con «la túnica más rica» y sandalias y le da un anillo, un signo de riqueza y estatus social. Entonces, como si fuera un invitado royal, «el becerro gordo» es matado para la celebración.

Ahora voy a pasar del padre y del hijo menor al hijo mayor. Él es el hijo trabajador, siempre obediente a los deseos de su padre, trabajando en el campo hasta en la noche. Escuchando el sonido de la celebración como se acerca a su casa, quiere saber lo que está pasando. Cuando él oye que la celebración es para su disoluto hermano, está furioso y se niega incluso a entrar en la casa. El padre entra en el cuadro otra vez y suplica con él a unirse a la

celebración. Furiosamente el hijo mayor relata la vida que han conducido, y es absolutamente preciso. Pero su padre responde,

Hijo, tú siempre estás conmigo
y todo lo mío es tuyo.
Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos,
porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida,
estaba perdido y lo hemos encontrado.

En la parábola tenemos un retrato de las vidas y las actitudes de dos hijos. Uno es un pecador, profundamente pecaminoso, pero se convierte en un pecador arrepentido. El otro es un buen hombre, fiel en sus deberes, y orgulloso de decirlo sin preocupación ni compasión por su hermano, un pecador. Recuerden que ésta es una parábola que Jesús les dice a tanto los fariseos y escribas como a los publicanos y pecadores. Si escucharon alusiones de una celebración celestial para un pecado arrepentido en la celebración del hijo pródigo, ustedes tienen razón. Jesús está revelando a todos—los llamados rectos y pecadores—la respuesta de nuestro Padre celestial. Nuestro Dios es compasivo, y ninguno de nosotros es tan pecaminoso que nuestro Dios no correrá para reunirse con nosotros, abrazarnos, besarnos, vestirnos con túnicas reales y sandalias, y colocar un anillo en nuestro dedo. Entonces comienza la gran fiesta del banquete comida del cielo, del cual nuestra fiesta eucarística es un gusto. Como Jesús dijo en otra ocasión,

Les digo que . . . en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador
que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan
arrepentirse (San Lucas 15:7).

Que todos nosotros, en nuestro camino de Cuaresma, lleguemos a la presencia del Padre en renovación y arrepentimiento en preparación para la gran fiesta de Pascua.